

«Lo que no tiene ningún uso para el enjambre  
no es útil para la abeja.»

*Marco Aurelio*





**UNO**

**REINA(S)**





**E**lla, como cualquiera, pasó por las distintas fases del proceso de descomposición. Vi su cuerpo decolorándose hasta el azulino (no en vano era una reina, qué color si no) y quedarse rígido, con los músculos duros como el cuero de las armaduras, ese grueso y áspero. Era tal su frialdad que me daba cosa tocarla, no me fuese a apresar (los de Madre Tierra decís que puedes quedarte pegado en el hielo: la sumidad de la frigidez). Luego fue hinchándose; se licuaron sus tejidos hasta convertirse en hedionda espuma. Las moscas (así las llamamos aquí, en Zigurat, aunque no sean como esas negras que conocéis allende el espacio) comenzaron a depositar sus huevos en las hendiduras que el cuerpo abría para que la naturaleza se realimentara. Desde ese instante, aguanté solo gracias al unte de mentoles en la nariz. Es un truco para que no se descubra al capitán de la Guardia Real dando ridículos espasmos inhibevómitos.

El cadáver empezó a empequeñecerse. Se reducía a simple vista. Supuraba líquidos asquerosos que terminaron formando un charco debajo.

—¡Llevaos estos despojos! —ordené.

No había tiempo para más esperas, las cápsulas ya estaban casi preparadas. Ahora, días después, comienzan a brillar: buena señal. Inequívoca. Se muestran como estalactitas gigantes recubiertas de rugosidades generadas por los movimientos de gestación de sus huéspedes.

Xen y yo hemos hecho apuestas aunque no deberíamos. Pero... ¿quién se va a enterar? Y si así fuera, ¿quién va a ser el valiente de denunciarnos? Me he decantado por el segundo de los cascarones, ella por el cuarto. Son cinco los que penden del techo, exagerados forúnculos camino del suelo. Lo que hemos apostado no os lo cuento. Paradójicamente, mandé investigar posibles negocietes al respecto. Se juegan el ámbar (y no me refiero a la resina que tenéis en la Tierra) para ver si aciertan el cuándo y el cómo. El cuándo: la hora exacta de la primera rotura de la costra que contiene a las princesas. El cómo: si habrá lucha y, de haberla, quién contra quién y el nombre (digamos el número de cápsula) de la vencedora.

Ocurre a las 17:22, hora estándar. Un sobrecolector crujido, como de roca que se parte, hace

que me vuelva con un gesto de alivio. Días y días sin reina comenzaban a agobiar en Cazzia. Estamos algo angustiados, lo reconozco. Se aproxima el calor extremo que agosta los campos, los cielos, los cuerpos..., que lo convierte todo en cenizas (¡me río de vuestros desiertos!, ¡de vuestros Sáharas!), y debemos marcharnos, mas sin ella es imposible comenzar la migración, pues somos insuficientes. Pero aún hay tiempo si nos damos prisa, si la reina se alza altiva entre nosotros otra vez.

El golpe del costrón desprendido contra el suelo reverbera en la estancia vacía, dispuesta para el combate. El ambiente está tenso, cargado de ansiedad y adrenalina que se convierte en miedo, miedo de que las cosas no prosperen. Nos miramos con los ojos demasiado abiertos, observamos a nuestro alrededor a la espera de otro golpe en cualquier momento y desde cualquier lugar.

Aquí solo permanecemos unos pocos elegidos, pero la comunidad está al tanto de cuanto ocurre. Los afortunados: los siete componentes del Senado simulando desafección, casi notariales; los cuatro miembros de la Guardia Real (incluido un servidor) poniendo muecas fieras y los cinco sacerdotes supremos impetrando a las divinidades de este y los demás mundos que cuanto ocurra sea lo idóneo. Llevan las caras tiznadas

de negro y supuestamente se han embadurnado la cabeza con los restos de la anterior reina, pero es mentira; esos blandos vomitarían con la peste.

Las pulsaciones se disparan en cuanto vemos aparecer el espléndido rostro de la princesa recubierto por el líquido gelatinoso de nutrientes que le ha hecho alcanzar su descomunal tamaño en tan poco tiempo y que se descuelga igual que moco de sus fauces, y digo fauces porque las princesas (futuras reinas) no se asemejan a nosotros, pese a ser, como han sido y serán, nuestras madres. Sí, sí, sé que esto es difícil de asimilar por vosotros, pero ya os lo explicaré más adelante. ¡O leed a Darwin, coño!

Seguro estoy de que allí, en la Tierra, la princesa os parecería un monstruo, pero aquí, en nuestro planeta de sol gigantesco, color... ¿cómo lo describiríais? ¿Rubí?, es la mayor preciosidad que un humano (no lo dudéis, somos humanos también) puede contemplar. Sus ojos, diez veces más grandes que los nuestros (que los vuestros), casi todo pupila, nos encienden las carnes. ¡Qué belleza!

Distintos crujidos se dejan oír con sus movimientos apremiantes por escapar del capullo pétreo aun sin ser de piedra. Por cierto, capullo 2. Gané la apuesta.



Tiene prisa, mucha prisa, no en vano se juega la vida. Veo asomar la lengua entre sus colmillos: gorda, larga, pringosa; tira a morado, casi negro. Sus párpados intentan eliminar sin demasiado éxito las secreciones que la ciegan. Nos ofrenda un gorjeo agudo y casi inaudible. Es el sonido de la inquietud dentro de su trampa uterina. Mientras, algunos chasquidos nos hacen comprender que habrá pelea: otra princesa emerge acechante, a punto de reventar de odio, por el orificio practicado en su propio capullo-prisión: cápsula 3. Para los apostantes por tanto: princesa 2 versus princesa 3. El resto permanecen inalteradas, yermas en apariencia.

¡Blam! El sonido inconfundible de la princesa 2 (cápsula 2) estrellándose contra el piso, libre al fin. Lleva cierta ventaja a su hermana que aún no ha conseguido sacar más que los hombros. Ignoramos si es consciente de ello allí tendida, tratando de ponerse en pie, de encontrar una verticalidad que los efectos gravitatorios todavía desconocidos le niegan. Patina en el líquido amniótico.

Una oleada nerviosa recorre mi cuerpo, como supongo el de mis colegas, pero todos pretendemos que no se nos note.

—Está ciega —me susurra Truz.

«Ya lo sé, ya lo sé. No me jodas», pienso.

Soy pura adrenalina. Pura. Por un lado, acudiría junto a la princesa 2 a auxiliarla en su desafío por mantenerse erguida, y por otro, rompería de una vez el cascarón que impide la defensa-ataque de la princesa 3. «¡Vamos! ¡Vamos!». Joder, ni siquiera tienen nombre. Aunque ¿para qué? Nada de nombres hasta que no quede más que una, solo números. ¿Para qué demonios va a querer un nombre alguien que no vivirá más allá de unos minutos? Y entonces... ¡blam! ¿Adivináis? Sí, la princesa 3 al chocar contra el suelo. Pretende acelerar su proceso para alcanzar a la 2 que, todavía invidente, olfatea con movimientos bruscos de cuello, exagerada, las feromonas de su casi clon. Da un paso, dos. ¡Qué piernas más largas! Las mantiene flexionadas e hincha su abdomen como promesa de lo que vendrá. Sus mamas redondas e inútiles (no será ella quien alimente a sus crías) se agitan de rabiosa violencia. Los espolones destacan en sus muñecas, erectos propagadores de muerte y equilibrio.

Tengo que tragar, la vista se me nubla. Respirar, respirar... Egig, a mi lado, suda consumido por el deseo, por la agresividad enmascarada. Es todo fibra.

—Putas, putas, putas —masculla.

Se lo permito porque son solo princesas y porque sé que no es dueño de sus actos. Aun siendo como soy el más veterano, reconozco que la contención es extraordinariamente difícil en circunstancias como estas. A Krall no lo percibo. Para los senadores, para los sacerdotes, es distinto; ellos no son guerreros, no les hierve la sangre como a nosotros. Permanecen impassibles, pero seguro que inquietos. Y a todo esto, la princesa 3 consigue alzarse en precario equilibrio. «Al menos podrá defenderse», me digo, desconocedor de si eso es buena noticia o no.

Rugen. Es raro, ya. De hecho, no tengo ni idea de si lo que os cuento puede entenderse, visualizarse. O tal vez sí sea posible, pero directamente no lo creáis. Bueno, debéis entender que también a mí, cuando me pongo los holos de la Tierra en mi hexó, me cuesta creer lo que veo. En fin, allá vosotros; yo sigo. Rugen, decía. Lo hacen con las fastuosas mandíbulas dentadas abiertas de par en par. El sonido retador proviene de lo más profundo de sus gargantas. Y, aunque no se ven, se encuentran.

—Gagagagaga. —Es Krall quien dice eso. No habla, solo silabea sin sentido. Y mata, claro. Si no, ¿por qué iba a formar parte de la Guardia? Supongo que lo que quiere comunicar, vete tú a

saber, es que el espectáculo resulta soberbio. Lo es, ciertamente lo es: dos princesas, con tan solo algunos cientos de segundos respirando, engarzadas en un duelo a vida o muerte por desgastar un trono en el que no llegarán ni a sentarse. Retumban los impactos espolón contra espolón. Me recuerdan al sonido de los topetazos de los machos cabríos en vuestros documentales: secos, salvajes. Caen los cuerpos engarzados con un estrépito licuado, salpicando en derredor. Danza mortal, cuasisexual.

Oímos un chapoteo. El del espolón que atraviesa la carne con furia y deja escapar sangre y órganos por la incisión producida. Hay más. ¡Chop! ¡Chop! ¡Chop! Pierdo la cuenta: ¿catorce?, ¿quince? Lo mismo da a partir del tercero; el resultado no variará. La princesa, aún princesa, se alza vencedora. ¿Que si es la 2 o la 3? Los de las apuestas se tendrán que resignar: la contienda ha sido de tal magnitud que nadie es capaz de especificar cuál de las dos ha ganado. Ahora no solo la recubre la viscosidad del fluido que la acompañó en su nacimiento, sino que también la reviste el carmesí de la sangre enemiga y hermana.

Grita. Un grito gutural antes de percatarse de que aquello no ha terminado, de que nada ciñe aún su cabeza proclamándola nada en absoluto.

Y al entenderlo, tuerce el gesto y, ya distinguiendo sombras, se dirige a aquello que la separa de la gloria: cápsula 1, cápsula 4, cápsula 5. Patea torpemente hacia ellas, crujen sus espolones al alargarse hasta parecer espadas, y corta con limpieza el extremo inferior del capullo 1: cae a plomo el contenido. «Hola, hermanita», parece decir con sus pupilas en fase de normalización, brillando emocionadas. Despierta el enorme cuerpo de la otra princesa, atónita, en el exterior antes de lo que imaginó, para perder la cabeza de inmediato, cercenada por la que será la nueva reina. Acomete la misma tarea con las vainas 4 y 5. Otro par de cabezas sueltas, bolas de cañón que ruedan camino de ninguna parte.

La reciente monarca apunta entonces su mirada brumosa de ojos hipertrofiados hacia nosotros, y nos cuadramos de inmediato mientras los senadores y los sacerdotes se arrodillan agachando la cabeza en señal de respeto y sumisión. Sí, daremos la vida por ella sin pensarlo.

Oh, reina mía. Oh, reina nuestra.

